

# MAÑARIKUA JAUNARENA:

## AZKUE SACERDOTE

Excmo. Sr., dignísima representación de la Academia de la Lengua Vasca, hermanos todos y amigos:

Hace algo más de cincuenta años, don Resurrección pasaba por Tours y el director del Colegio de San Gregorio le pidió que dirigiera una plática a los congregantes marianos. D. Resurrección no supo negarse. Les hablaría de la Virgen, de la maternidad de la Virgen para todos nosotros. Pero, al encontrarse ante un auditorio francés, buscó un recurso a que acogerse, y recordó que, muchos años hacía, cuando estudiaba retórica en el Seminario, su libro de texto traía el siguiente aforismo: “Los aragoneses son francos, los navarros alegres, los franceses hospitalarios”. Y él se acogía a la hospitalidad de sus oyentes franceses.

En estos momentos, tengo que acogerme también yo a algo. Cuantos han hablado antes de mí, tenían un gran título para hablar. Han sido colaboradores, amigos, han frecuentado el trato de D. Resurrección. Contadas las veces que yo pude hablar con él. Por otra parte, podían presentar como título suficiente, su especialidad en la materia que tocaban. Yo no me he dedicado a los mismos estudios que D. Resurrección.

Cuando hace algún tiempo, me hablaron por primera vez de colaborar en este homenaje, os diré con sinceridad —y estimo que debo decirlo, aun cuando creo que todos creemos muy poco en la sinceridad de las primeras palabras de un discurso—, cuando me propusieron colaborar en este homenaje, opuse mi falta de título para participar en él. Me dieron una serie de razones, que sinceramente os digo, ninguna me convenció; pero hubo una que no me dieron y que esa sí me convenció. En la carta que habéis recibido todos se dice que honrar a un sacer-

dote benemérito es honrar a nuestro sacerdocio, y a honrar a nuestro sacerdocio en la persona de D. Resurrección creí que no me podía negar.

Y por eso me tenéis aquí.

*Azkue sacerdote.*—Hablar de Azkue como sacerdote es exactamente lo mismo que hablar de toda la vida de Azkue. El sacerdocio penetra en Azkue toda su persona y toda su actividad y toda su vida, su larga vida de ochenta y siete años.

Muchos de vosotros podéis recordar la piedad de D. Resurrección. Alguien me hablaba hace unos días de aquellos Ejercicios Espirituales que D. Resurrección solía hacer en Lequeitio, aprovechando los días de sus vacaciones. Ayer me recordaban cómo en plena tarea científica, en su despacho de la Academia, enfrascado en sus trabajos, con sus colaboradores, con personas extrañas, quizás, cuando sonaba el Angelus, D. Resurrección, con sencillez, sin ningún empaque, sin ningún alarde, lo suspendía todo y rezaba el Angelus. Todos habéis podido ver muchas veces aquel paso cansino y cansado de D. Resurrección en nuestras procesiones. Yo le recuerdo a D. Resurrección, ya con sus ochenta y seis años, en las últimas procesiones de Semana Santa de Bilbao, esas procesiones en las que yo no sé por qué no suele ser excesivamente lucida la representación de nuestro clero; D. Resurrección, en esas procesiones que, por otra parte, son verdadera prueba de resistencia física, solía participar lo que podía. Yo recuerdo el momento en que se separó de la procesión porque ya no podía más, al llegar a la altura de San Nicolás.

De la piedad de D. Resurrección tendríamos muchísimos ejemplos, muchísimas anécdotas. Y de su celo, igualmente. De su celo en la predicación nos ha hablado D. Gregorio Maidagan; nos podrían también hablar otros de su preocupación por la vida religiosa de los emigrados en Francia, e incluso de su empeño por reclutar sacerdotes que fueran a atenderles. Pudiéramos recordar también sus peregrinaciones, sus auténticas peregrinaciones penetradas de piedad a Roma, a Tierra Santa y a ver también a Teresa Neumann en Konnersreuth. Vuelve de Konnersreuth D. Resurrección y escribe una reseña de su viaje. Una reseña penetrada de esa sencillez y cordialidad que solía poner en sus estudios. Y la cierra diciendo: "Termino esta relación como terminé mi estancia en Konnersreuth, dando gracias a Dios por haberme proporcionado ocasión de admirar y contemplar allí, con más evidencia que nunca, la grandeza de su misericordia con nosotros".

Pudiéramos también recordar que si D. Resurrección no tuvo cargos ministeriales, la inquietud por los problemas de las almas, por la educación cristiana de nuestra juventud le acompañó siempre. En su correspondencia, han quedado indicios de sus negociaciones para traer a Bilbao a una congregación de hermanos que se hiciera cargo de la escuelita que él fundó en la calle Jardines. En tiempos posteriores, trabajó de manera decisiva para que se fundara en Bilbao por la misma congregación de hermanos, francesa, uno de los colegios que hoy existen. Y ya avanzado en su vida alimentó la ilusión de que fundaran en Vizcaya los miembros de la Congregación del Divino Salvador. Con esta congregación tenía D. Resurrección vínculos afectivos hondos, y en una de las cartas, escrita no hace todavía muchos años, les dirá que si se deciden a fundar en Vizcaya, él mismo con su librería, con su biblioteca, con su hermosa biblioteca iría a vivir con ellos.

Yo en estos momentos no voy a intentar recoger en la vida de D. Resurrección todo lo que nos habla de su espíritu sacerdotal. Sería imposible. Ahora bien, yo quiero recoger únicamente algunos datos especialmente significativos en un hombre científico, de gran altura científica; algunos datos especialmente significativos, porque revelan cómo aquel hombre que fué grande en la ciencia, cuando se trataba de las almas sabía hacerse pequeño y sabía desaparecer, no bajo las iniciales de un seudónimo, que se sabrá, sino muchas veces incluso en el anónimo total.

Don J. M.<sup>a</sup> Olaizola nos ha hablado de la ópera *Urlo*. Hace un par de días caía en mis manos el libreto de *Urlo*. En una de sus pastas la relación de las obras musicales que Azkue había publicado ya para entonces. La mayor parte eran religiosas. Hay un *Recordare*, unos cánticos al Corazón de Jesús, a la Santísima Virgen, una novena de San José, un Rosario en vascuence, dos letanías al Sagrado Corazón de Jesús... En tiempos posteriores, prescindiendo de otras composiciones, quiero recordar, porque tiene especial significación sacerdotal, un *Te Deum* a tres voces y órgano, que D. Resurrección compone y publica, y lo dedica como hijo amante de su pueblo al Ayuntamiento de Lequeitio, haciendo constar expresamente que lo hace en vísperas del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal.

El sacerdocio de D. Resurrección penetra también en sus trabajos exteriores. Os he dicho antes que iba a escoger unos ejemplos especialmente significativos en un hombre de ciencia. Es indudable que para el hombre que puede componer obras originales, y magníficas obras originales como podía componer

D. Resurrección, dedicarse a la labor humilde secundaria, oculta, de traductor, supone un sacrificio. D. Resurrección se dedicó a traducir. Más aún, D. Resurrección se dedicó a publicar obras ajenas, sin que su participación en ello se trasluzca en otra cosa que en el pie de imprenta que nos da a conocer que allí anduvo la mano de D. Resurrección.

En los comienzos de su vida científica publica el devocionario de Añibarro "Eskuliburua" y también la traducción de Fleury por Ubillos "Kristau-dotriñ". Es el año 1897. El 98 publicaba también otro librito, la "Meza entzukera bi" de Añibarro-Moguel. Y un par de años más tarde, su "Jesusen biotzaren illa", su "Mes del Corazón de Jesús".

Pero no creáis que esos trabajos son exclusivos del Azkue que comienza a andar, cuando todavía puede pensar que no le es factible emplear su tiempo en labores de más trascendencia, de más apariencia ante el mundo. No. Cuando D. Resurrección ha llegado ya a la cumbre de su vida científica, el año 1931, D. Resurrección se dedicará con amor de hijo a componer una novena en vascuence a la Virgen de la Antigua de Lequeitio. Y si en esa novena aparece el amor del hijo de la Virgen, aparece también el corazón humano, profundamente humano de D. Resurrección, que recogerá una poesía de su padre, dedicada también a la Virgen de la Antigua, le pondrá música y la publicará juntamente con su novena.

Pero hay otro detalle todavía más significativo para nosotros. D. Resurrección se convirtió en un propagandista, en un auténtico propagandista del Jueves Sacerdotal. Su relación precisamente con la Congregación del Divino Salvador, puso en sus manos algunos libritos alemanes, y él, perfecto conocedor del alemán, se dedicó a traducirlos. Tradujo las "Devociones y Oraciones para el Jueves Sacerdotal" de Menke. "El Jueves Sacerdotal y los Niños" del mismo. "El Jueves Sacerdotal en el Año eclesiástico" de Schmidt Mayer. Pero no penséis que se limitó simplemente a una traducción. Era labor de apostolado y D. Resurrección no regateaba el tiempo. Hizo la traducción al castellano, la traducción al vascuence vizcaíno y la traducción al vascuence guipuzcoano. Y todavía cuando iba a publicar estos nueve folletos, más unas estampas de propaganda, más el himno para el Jueves Sacerdotal que dedicó a la Congregación del Divino Salvador, todavía anunciaba un folleto más, que en su plan había de traducirlo en las tres modalidades antes dichas, sobre "El Jueves Sacerdotal y los enfermos".

Y avanzó el tiempo, muere D. Resurrección, y entre sus papeles queda otra traducción. Los últimos años de D. Resurrección habían sido en parte empleados en una nueva traducción al vascuence del Kempis.

Interesa recordar toda esta labor, pequeña si queréis, cuando al hablar de D. Resurrección y de su labor científica, nos polarizamos en el gran "Diccionario", en la "Morfología", en "Euskal-erriaren Yakintza". Interesa recordar estos libritos pequeños. Es el bajarse del gigante, es el hombre que puede dedicar su tiempo a grandes cosas, si las mirásemos con ojos humanos; pero sabe que, a los ojos de Dios, lo grande de los hombres es pequeño, lo pequeño de los hombres es grande, y sabe que si su librito va a ser despreciado por el hombre culto, si su librito será mirado con desdén por el científico, por el literato, sin embargo será tomado con honor por la viejecita que en Lequeitio rece a su *Amatxo* de la Antigua. Y a D. Resurrección esto le llenaba más, mucho más que toda su labor científica.

Don Resurrección no fué un puro científico. Se dedica al estudio del vascuence y ama el vascuence, lo ama con el amor tierno de quien lo aprendió en el regazo de su madre, pero al mismo tiempo no es un puro sentimiento, no es una añoranza, no es el solo amor a su tierra lo que le lleva al vascuence. Don Resurrección ve en el vascuence un gran medio pastoral, que en manos de los sacerdotes puede rendir magníficos resultados para abrir a la palabra de Dios, para abrir al amor de Dios las almas de sus feligreses.

Estos días ha caído en mis manos la traducción de una conferencia dada por persona no sospechosa en estas lides, don José M.<sup>a</sup> Lojendio, en una reunión que hace poco se tuvo en el Santuario de Aránzazu. Y os voy a leer unas pocas líneas, porque ellas reflejan este mismo amor que encontramos en D. Resurrección, y precisamente la razón por la cual D. Resurrección en un Bilbao en que podía presumir, como nos decía D. Gregorio Mайдagan, que la mayor parte de los que hablaban vascuence sabían también castellano; sin embargo quiso ofrecerles la ocasión de oír la palabra de Dios en vascuence.

Dice así el Sr. Lojendio: "A nosotros los donostiarra, no siendo en alguna misa muy temprana y de vez en cuando, no nos pronuncian sermones en vascuence en las iglesias. El domingo a la mañana, eso sí, abrimos despacio la radio para oír el sermón de Aránzazu, y con qué alegría lo oímos; es nuestro idioma, el dulce y suave idioma que llega verdaderamente a lo íntimo de nuestro corazón. Los sacerdotes vascongados hablistas

no saben qué amor tan suave, qué impulsos del corazón despiertan sus palabras y no solamente entre los caseros, sino también entre nosotros hombres de ciudad, medio vascongados, medio castellanos. Por ese motivo están equivocados quienes pretenden dejar solamente para los pueblos pequeños los sermones en vascuence; nosotros también tenemos necesidad de ellos”.

Don Resurrección, consciente de que el Señor ponía en sus manos un gran medio para abrir las almas de tantas gentes de buena voluntad sedientas de Dios, quiso utilizarlo. Por eso, tanto leyendo la correspondencia de D. Resurrección M.<sup>a</sup> de Azkue, cuando se trata de sus gestiones cerca de altas jerarquías de la Iglesia, a fin de que se tradujeran al vascuence encíclicas y pastorales, como en sus obritas pequeñas o grandes, o en su predicación, vemos siempre latente esta inquietud.

Don Resurrección es un punto culminante, en toda la línea sacerdotal en relación con el vascuence. El primer libro que se publicó en vascuence, allá el año 1545, era obra de un sacerdote, Dechepare. Si es un libro no totalmente de contenido religioso, sí gran parte de sus poesías, la mayor parte, son religiosas y todo él puede decirse que está impregnado de religiosidad. Y eso que quizá Dechepare, si hemos de juzgarlo a través de sus poesías, rindió tributo a lo que desgraciadamente fué tan frecuente en su época de compaginar su sacerdocio con lo que no tan bien le correspondía.

Y abre Dechepare la línea de libros impresos en vascuence. Si ojeáis la bibliografía de la lengua vasca de Vinson y si repasáis las posteriores de Sorrarain, de Allende Salazar, de Areitio, de Pérez Goyena, de cuantos han escrito en esta materia después, veréis que la bibliografía de los libros publicados en vascuence es casi, casi totalmente clerical. En los siglos pasados, casi todos los que escribieron en vascuence fueron sacerdotes, y casi todos los libros son de asunto religioso. Les llevaba al cultivo del vascuence una preocupación religiosa. Pero una preocupación que respondía a una realidad, a una necesidad, a una exigencia.

Esa exigencia, y no está mal que lo recordemos, la sintieron tan pronto como los católicos los protestantes. En pleno siglo XVI, cuando se empieza a trabajar al amparo de Juana de Albret, en el País Vasco-Francés por la difusión del protestantismo, vemos aparecer la primera traducción al vascuence impresa de libros sagrados, el “Testamentv berria” de Lizarraga. Y el mismo año 1571 también en La Rochelle se publicarán otras dos obritas pro-

testantes de propaganda religiosa. Su almanaque y su "ABC edo Christinoen Instruktionea othoitz eguiteco formarequin".

Y si me permitís un paréntesis... Hace muchos años todavía estaba yo en Roma terminando mis estudios y tuve que ir un día a la librería Bíblica protestante para comprar, para un amigo, un antiguo testamento en hebreo y un nuevo testamento, edición crítica de Nestle en griego, que se podía adquirir con la rebaja que a los eclesiásticos nos hacían los protestantes, por la exorbitante suma de dieciocho liras. Entré en la librería y cuando vi todo aquel surtido de obras escriturísticas en distintos idiomas, incluso africanos, le pregunté al señor que despachaba: "¿Tienen ustedes, quizás, algo en vascuence?" Y en Roma, en una librería perdida allá junto al Foro de Trajano, me sacaron una porción de folletos con libros sagrados traducidos al vascuence. Los protestantes se daban y se dan cuenta de que el vascuence podía ser un instrumento de penetración en nuestro pueblo. Y todavía hoy podemos encontrar sin dificultad la edición miniatura del "Testamentv Berria" de Lizarraga.

Pero no son ellos los únicos. En nuestra historia eclesiástica de Vizcaya tenemos una figura cumbre, una figura que si en sus orígenes hallamos algo que no podemos precisar, ello mismo, por la misericordia del Señor, es espléndidamente aleccionador para quienes pretendan que la grandeza espiritual brota precisamente de lo que los hombres estiman grandeza espiritual y dignidad humana. Nos encontramos con la excepcional figura del obispo de Calahorra, D. Juan Bernal Díaz de Luco.

A mediados del siglo XVI mantuvo correspondencia con San Ignacio de Loyola, preocupado por el problema espiritual de Vizcaya. Está preocupado en especial, lo dice reiteradamente, por el problema espiritual de los pueblos de habla vasca. En carta del año 1551 confiesa cuán difícil le era encontrar sacerdotes y predicadores que con dignidad enseñaran el catecismo y predicaran en vascuence.

En aquellos momentos la situación religiosa de nuestro pueblo, esa situación que tantas veces hemos idealizado, era francamente deprimente. Tenemos cartas de los primeros misioneros jesuítas por Oriente que nos dirán que a consecuencia precisamente de la falta de quienes enseñaran en su lengua las personas mayores de Oñate —¿qué nos dirían si lo oyeran hoy?—, las personas mayores de Oñate eran raras las que sabían santiguarse y las oraciones.

Por eso el gran obispo Luco se plantea inmediatamente el problema del vascuence en el apostolado y su sucesor a finales

del siglo XVI, D. Pedro Manso, recogerá esta misma inquietud. Es interesante que uno de los primeros libros que aparecen en la bibliografía de Vinson, que omite otros que se publicaron antes en esta materia, por ejemplo en Pamplona, uno de los primeros libros que aparece, es un pequeño catecismo, pequenísimos por su entidad material y por su contenido, pero hondamente significativo: el catecismo de Betolaza. Se publicó en Bilbao en la Imprenta de Cole de Ibarra el año 1596 y él mismo dice por qué: este catecismo obedece a la inquietud, a la preocupación de don Pedro Manso, que quiere que se publiquen catecismos en vascuence.

Esa inquietud cristalizará al entrar en el siglo XVII en las sinodales de Calahorra y que después la recogerán posteriores sinodales hasta las famosas de 1700 de Lepe, el obispo sabiendo de Calahorra, que volverá a reproducir los textos de D. Pedro Manso, mandando la predicación, mandando la publicación de los catecismos en vascuence.

En esta línea de sacerdotes cultivadores del vascuence, en esta línea de sacerdotes preocupados por el problema espiritual de las gentes de habla vasca encontramos en nuestros tiempos, situado en la altura, a D. Resurrección M.<sup>a</sup> de Azkue.

Me vais a permitir que os lea unos pocos textos significativos. Uno de ellos lo encontramos a fines de siglo, en una obra ajena por él publicada. En su prólogo hay unas palabras que recoge el autor, de Fr. Lorenzo de Villavicencio, y dice así:

“Nam quo quis sermonis patrii est peritior, et in eodem disertior, eo iudicatur ad docendum populum magis idoneus. Ac decet omnino Concionatorem aliquid supra vulgus praestare in sermonis patrii munditie ac puritate: et non modo verbis quibusdam elegantibus ac exquisitis, verum etiam copia eorundem locupletatum prodire”.

Estas palabras que aparecen en un libro publicado por don Resurrección a fines del siglo van a representar su inquietud, su preocupación, por qué va él al vascuence. Inquietud y preocupación eminentemente sacerdotal. Don Resurrección llegará a la cumbre, y en un momento especialmente solemne para él, cuando el año 1928 tiene que pronunciar su discurso de ingreso en la Real Academia Española, él lo terminará de una manera inusitada ante la docta Corporación. En sus últimas palabras, volcará su inquietud sacerdotal. Va a la Academia no por ser sacerdote. Va a la Academia por ser un científico del idioma, pero es un científico del idioma que vive de inquietud sacerdotal. Permitidme que os lea sus palabras. El alude al problema que se

da en nuestros pueblos y que en más de uno se da aún, de que bajo una apariencia de comprensión del castellano en el estudio del catecismo, la realidad es no solamente muchas veces errónea, sino a veces incluso absurda. Dice D. Resurrección: “Pocos años antes de aquel episodio de la playa que antes os referí, ocurrió una escena tragicómica en la escuela elemental de una linda anteiglesia de la costa vizcaína. Examinábanse de Doctrina cristiana sus alumnos. A uno de ellos le preguntaron *Cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios*, y al responder *Amar a Dios sobre todas las cosas*, el párroco, que presidía el acto, dudando de que el alumno entendiese lo que decía, preguntóle: *Niño, ¿qué quiere decir eso? (Txotxo, zer esan gura dok orrek?)*, el muchacho respondió: *Jaungoikoa soka guztiakaz amarrateko*: que a Dios se le amarre con todas las sogas”. Sigue D. Resurrección: “Podría citar, si fuera preciso, los nombres del pueblo, maestro y párroco”. Y al comentar después sobre que debe introducirse algo del vascuence en la enseñanza: “Introdúzcase algún tanto el vascuence en las nuestras para que los niños sepan —¿qué pensarían los doctos académicos de la Española?—, para que los niños sepan lo que es amar a Dios y consigan al terminar sus estudios elementales hablar mejor no sólo su lengua materna, sino aun el castellano”. ¡Para que sepan amar mejor a Dios!

Hemos llegado a la cumbre de D. Resurrección y habéis visto que su preocupación sacerdotal se ha prolongado toda su vida. Yo no quisiera terminar de hablar de D. Resurrección como sacerdote sin aludir a dos virtudes, humanas si queréis, pero hondamente sacerdotales, primordialmente necesarias a todo sacerdote.

Una de ellas es su humildad. La ciencia deshumaniza. Tomáis en la mano un libro científico y estará lleno de ideas y preñado de espléndidos raciocinios, de visiones geniales si queréis; pero ¡cuán poco humano resulta con frecuencia! Por eso son tan difíciles muchas veces de leer. Si tomáis un trabajo de Azkue, uno de sus trabajos científicos, veis latir debajo de la ciencia, debajo de la erudición, un corazón. El no tendrá la fría cita: fulano dice tal; él aprovechará la ocasión para recordar con alegría una amistad, para añorar quizás al amigo perdido, para lamentarse de un olvido, quizás para responder en algunos momentos en que su corazón estaba ya lleno, a una acusación, a una insidia, a un silencio intencionado; pero siempre con toda discreción.

Qué emocionante resulta D. Resurrección para quien está en antecedentes de las luchas de aquellos días, cuando tiene una frase quizás de elogio para gentes que le combatían, como en

aquella ocasión en que él lo dirá expresamente al término de una conferencia: "Hace años, muchos años que vengo recibiendo, hasta brutales ataques un tiempo, desprecios o pretericiones después a los que nunca hice caso, de gente si tal vez socialmente algo incorrecta, bajo todos los demás conceptos muy recomendable".

Encontramos en toda la obra de D. Resurrección ese sentido humano. Yo no voy a hacer la apología de la humanidad de D. Resurrección. Nos la hará él mismo con unas palabras suyas que creo evitan todo comentario.

La última gran obra de D. Resurrección María es su "Euskalerraren yakintza", en cuatro volúmenes, que comenzó a publicar el año 1935. La dedica a su madre: "A mi amada madre María del Carmen Aberásturi Uribarri, que ha sido mi principal colaboradora". En estas líneas veréis el corazón de hijo de don Resurrección, que es al mismo tiempo corazón de sacerdote:

"Tanto en las páginas de estos cuatro libros como en las del Diccionario, al lado de este y de aquel dato, lo menos dos mil veces pueden leerse estas tres letritas: *B-mu*. Significan Bizkaya-Mundaka. Exceptuando ocho o diez materias, las otras mil novecientas noventa han bajado, madre, de vuestros labios a mis oídos.

"Antes, a los demás colaboradores di gracias por palabra y de corazón, ahora debo dárselas de corazón y con la pluma. Las gracias de que soy deudor a la reina de todos mis colaboradores no puedo expresarlas de otra manera sino poniendo su nombre en la frente de este mi trabajo.

"Mientras estando juntos en muchos años, frente a frente en una mesa, al comer y cenar, este vuestro hijo, aficionado a viejos datos, pareciéndole más dulces que la miel los que brotaban de vuestro cerebro, a cada momento sacaba del bolsillo algún papelucho y se ponía, gozoso, a escribir. ¡Cuántas veces decía la madre a sus hijas, mis hermanas: *Para qué querrá nuestro cura estas cositas!*

"No sé si entonces os respondieron ni siquiera una vez. Ahora, sí; en lugar de ellas yo os diré, madre, para qué las quería. Para estampar vuestro nombre en lo más alto de este cuádruple libro.

"Hubiera yo preferido ofrecer a mi amada madre, en vez de muchas supersticiones contenidas en el primer libro, alguna otra cosa, algo que mejor cuadra a un eclesiástico. Pero, como vos sabéis, madre, el pueblo, todo pueblo, no crea *de suyo*

otra cosa que niñerías como esas. Las cosas grandes, en cambio, las verdaderas creencias, le vienen de lo alto.

"Los lectores que vean arriba María del Carmen y abajo Resurrección María, eleven de vez en cuando al Señor una súplica por los dos, especialmente por mí (pues vos hace ya mucho que vivís en eternos gozos).

"Adiós, madre. Hasta que nos veamos ahí arriba.

*Resurrección María*".

La otra virtud humana a que me quería referir rapidísimamente es la vinculación de D. Resurrección M.<sup>a</sup> de Azkue con las masas humildes, con el pueblo.

Don Resurrección, por exigencia de sus trabajos científicos y por exigencia de su corazón, iba al pueblo. Por exigencia de sus trabajos científicos —su espléndido Diccionario, su Cancionero—, fué a recoger los materiales al pueblo vivo, al pueblo humilde, al anciano del asilo, al recogido en el hospital, como él tantas veces lo menciona. Y por exigencia de su corazón, don Resurrección, como sabéis, pasaba muchísimos ratos de sus vacaciones en el puerto de Lequeitio hablando con los pescadores. Su corazón le llevaba al pueblo.

Sus obras científicas, si son hijas de su gran cabeza, lo son también en gran parte de esta convivencia suya, íntima, duradera, trabajosa, con los elementos más humildes de nuestro pueblo. De pueblo en pueblo, de caserío en caserío, recogiendo una palabra, recogiendo una canción y aflorando a sus labios una sonrisa de satisfacción cuando surgía la palabra tras la que andaba o la que quizás ni sospechaba que existiera... y la recogía en la humildad del último labriego.

Este entrañamiento de D. Resurrección con el pueblo, con la tradición popular, es algo que aflora incesantemente en sus obras, y es algo que ha recogido con su autoridad y su palabra *atinada* el que fué Rector de la Universidad de Salamanca y lo era cuando las dijo, el Sr. Tovar. Dice:

"Azkue tenía un sentido muy vivo de la tradición popular. Se acercaba a ella desde dentro, y por eso puede parecer al especialista que examina al pueblo en frío y desde fuera, privado de cierto rigor metódico. No recogía la tradición vasca como puro documento antropológico o etnográfico, sino como enamorado

intérprete que se sentía él mismo un eslabón de la cadena que iniciaron los más remotos antepasados. Ello explica la libertad, a veces, poco rigurosa con que D. Resurrección maneja los materiales, justamente porque para él no son colección de materiales”.

Y voy a terminar. Otros muchísimos aspectos de la vida sacerdotal de D. Resurrección pudieran recogerse. No puedo cansaros más.

Un día de febrero de 1922, D. Resurrección llegó a su despacho de la Academia de la Lengua Vasca y empezó a revolver sus carpetas de correspondencia. Aparece una carta que llevaba por membrete las armas pontificias y una leyenda *Galerías y Museos Vaticanos*. Era una lista de bibliografía sobre antiguas lenguas, principalmente la lengua etrusca de Italia. No era lo que buscaba. Poco después aparece otra carta. También el membrete va con las armas pontificias. La leyenda variaba: *Biblioteca Apostólica Vaticana*. Don Resurrección cogió la carta, la tomó con cariño, la leyó y relejó, la sacó de su carpeta, encargó un marco y de allí en adelante aquella carta figuró en un puesto de honor de su despacho.

La firmaba Aquiles Ratti. Toda ella era autógrafa. El prefecto a la sazón de la Vaticana —ya cuando D. Resurrección le ponía marco a la carta Sumo Pontífice—, se la había escrito agradeciéndole el envío a la Biblioteca de un ejemplar de su magno diccionario trilingüe.

Aquiles Ratti, como D. Resurrección, había dedicado muchas horas de su vida al trabajo científico. Podemos decir que si nunca dejara del todo la ciencia, sí hubo de abandonar el trabajo científico para emprender aquella rapidísima carrera que había de culminar en la silla de San Pedro. El sería el Papa de la reforma de los estudios eclesiásticos, el Papa de la Academia Pontificia de Ciencias, el Papa que tantas veces nos habló de la ciencia como uno de los primeros ornamentos del sacerdote.

Aquella carta en un lugar preferente de su despacho le recordaba a D. Resurrección, hombre dedicado a los libros y a la ciencia, que la ciencia es también un ornamento sacerdotal, que el trabajo científico puede ser una gran virtud sacerdotal, que la ciencia también es sacerdocio y que la ciencia también nos lleva a Dios.

He dicho.

ANDRES E. DE MAÑARICUA, PBRO.